

que le está doliendo a España
como lanza en el costado.

Cincuenta lustros, la Patria
con el pecho lacerado,
ha sufrido la vergüenza
de la presencia del «pájaro»,
que, como cuervo se ceba
en la carne a picotazos.

Ya las Naciones Unidas
con voces le han espantado,
para que suelte la presa
que a España le arrebataron.

No quiere conversaciones
porque sabe de antemano,
que a España sobran razones
sobre su pie cercenado.

Esta amputación nos duele
a todo español honrado,
y hasta que no se devuelva
la libertad, a ese esclavo,
no habrá paz con Inglaterra;
porque ellos, guerra han sembrado.

¡Gibraltar! Lengua de plata

que restalla como un grito,
en el corazón de España
y en el alma de sus hijos.

CERTAMEN FLUVIAL

Cuento inverosímil

1980

Neptuno ha llegado a la península tras largo viaje por todos los continentes. Sube a Gredos, emboca una caracola gigante y su poderosa voz rebota por cuencas y cordilleras, de Peñas a Tarifa, de La Nao a Roca. A la convocatoria del viejo rey de las aguas sus fieles súbditos acuden presurosos, felices; sobre todo los jóvenes, pues el monarca sólo de tarde en tarde recorre sus estados y hay arroyuelos que aún no le conocen y están ansiosos por contemplarle en toda su majestad.

Sentado en Almanzor, cubierto con la túnica púrpura, la fabulosa corona sobre la regia testa y el áureo tridente en la mano, el anciano rey es un simbolo de poder, de gloria. Los viejos ríos le contemplan una vez más con admiración y respeto; los jóvenes que le ven por primera vez están fascinados. Hace señal de que quiere hablarles. Acostumbrados al eterno murmullo de sus ondas, les cuesta trabajo callar, mas al fin se hace el silencio. Dice el rey:

—Mis leales súbditos. Un milenio ya desde mi última visita, pero os tengo presentes siempre. Los peces me llevan noticias y sé que todos, hasta los nacidos desde entonces, cumplís exactamente vuestro deber. Me satisface y os felicito por ello. Como el fin se acerca, pues llevo muchos siglos a la espalda, y acaso sea ésta la última vez que nos veamos, he pensado dejar memoria de mi reinado, otorgando un galardón a aquél de vosotros que posea una condición tan singular que no sea posible hallarla en otro. El premio creo que dará total satisfacción al que lo gane. Dispondré que las nubes se rompan sobre él para que su cauce esté siempre lleno.

Fuertes murmullos aprobatorios. Era un señor premio para cualquier río que se estime. A los ríos les gusta lucir su capa azul volteada de terciopelo verde, y les avergüenza que la sequía arrebatase la capa y les deje casi en cueros, mostrando la ropa interior bastante sucia. Así que, desde los ancianos hasta los chiquillos, todos se encalabrinaron con el posible galardón. Ahí era nada, lleno siempre a reventar y lucir la hermosa capa. Si, un premio regio. Añadió el monarca:

Ahora, uno a uno, expondréis la cualidad que tengáis por excepcional. Oiré a todos y daré mi fallo. Pero os ruego que moderéis el há-

bito de monologar por los codos y os ciñáis al asunto. Sois muchos y poco el tiempo, que mañana he de estar en Escandinavia. Al grano, pues.

Los ríos son, más o menos, como las personas: todos creen que sus cursos son únicos y dignos de universal admiración. Esta inocente vanidad, por ser común, a nadie daña, salvo casos límite de soberbia o pedantería. A éstos se les deja con la palabra en la boca y en paz. En cuanto el rey calló, un bosque de brazos se alzó pidiendo la palabra. Aestó el índice hacia un pequeñajo, que se puso ancho como un pote y enrojeció por el placer de la distinción real.

—Señor, parto dos naciones, tengo una isla de apetitoso nombre donde se firmó una paz...

EBRO.—Ya está el mocoso Bidasoa con las tonterías de siempre. Paces se han firmado en todos los rincones del globo. ¿Para qué? Señor, que se callen esos mequetrefes y dejen hablar a los ríos con barba. Por ejemplo, yo, que soy varón fuerte desde la juventud y le he podido al mar, clavándole un dardo en el costado.

NALON.—Has sido siempre un tanto fanfarria. Le pinchas a un viejo mar, que no puede con los calzones. Con el que me ha tocado a mí te quisiera ver, que cuando voy algo empolvado de carbón, antes de engullirme suelta unos manotazos que atontan. Quizá lo haga para que no me dé cuenta de que voy a morir...

MIÑO.—También yo parto naciones, con corte más ancho y profundo que Bidasoa. Y me surcan preciosos barquitos.

GUADALQUIVIR.—Cascarones de nuez, querrás decir. Para barcos, yo, que echan humo y las sirenas hacen temblar mis carnes. Y cuando estrene el nuevo canal...

DUERO.—Ahí va, el presuntuoso. Cuando estrenes eso no irán por ti los barcotes, sino por el canal. Un señor río, este servidor, que genera kilowatios como si los sacara de la manga y pasa por la heroica Numancia.

MANZANARES.—Porque eres un cobardón que te has dejado poner trampas como un ratoncillo. Tanto kilowatio y tanta historia. Yo...

GUADIANA.—¿Tú, qué? ¿Nos vas a poner otra vez el disco de que eres la arteria de la capital de España? ¡Vaya arterial! Acaso un capilar. Te han fajado como a un bebé y más pareces trocha de agua que río. Ahora pregunto. ¿Hay alguno que sepa jugar al escondite y brote de unos ojos que lloran incesantemente?

TURIA.—No está mal, no. Pero a mi vez pregunto si son muchos los que al principio van llenos y al final ni gota. Y para mayor escarnio, donde tiene que estar el agua plantan un campo de fútbol.

ESGUEVA.—Comprendo tu justa indignación. Todavía sí, aunque en seco, fueran piraguas... De lo otro, nada. Muchos como tú. Los hombres son nuestros vampiros y se despeitan por dejarnos sin gota de sangre. Pero, ¿y yo, que soy macho y hembra a la par?

HUERVA.—¡Alto ahí! Me toca esa misma desgracia de no ser una cosa u otra definitivamente, así que hay empate. Una equis en la quiniela.

PIEDRA.—Todos a hablar, todos a hablar y nadie se acuerda de mis cascadas.

GUADALETE.—Cascadas..., cascar... Eso es lo que sabes hacer: espuma. Cualquier chaval, con un sifón, desde un ático, forma cascaditas mejor que tú. ¿Y los mares? ¿Y don Rodrigo? ¿Y...?

Los ríos españoles se nos parecen —o nosotros a ellos—; son regionalistas, localistas, personalistas, cuantas istas quepan en la materia; y se enzarzan en discusiones por un quitame allá esas gotas. El monarca alzó el tridente, que brilló como un rayo, y tronó:

—¡Basta! Si os dejase continuarais argumentando hasta que se os secase el gaxnate. Es difícil arrancar añejas hierbas de palabrería inútil. Os perdono porque no es vuestra la culpa. Habéis oído tantos discursos... Observo, sin embargo, que uno ha permanecido silencioso. Tú, Tajo, ¿no tienes nada que decir?

—Señor, soy viejo, nunca salí de mi rincón, sé muy poco y creo que habrá miles mejor que yo en el ancho mundo. ¿Qué voy a decir de mí? Como no sea que desemboco en dos mares opuestos...

Estalló una ovación ensordecedora. Eso, eso. No sería posible dar con otro igual. ¡Vaya regalito, una boca al Este y otra al Oeste! Todos en pie, aplaudían con patriótico frenesí. ¡El premio para un río ibérico! El austero Tajo agachó la cabeza y se puso como un tomate. Neptuno, visiblemente emocionado, se irguió en su trono pétreo.

—Tú ganas. Todos los ríos corren de Norte a Sur, de Este a Oeste, o a la inversa; pero ninguno hacia adelante y hacia atrás al mismo tiempo. Sólo tú disfrutas de este privilegio. Para ti, pues, el galardón. Pediré a Vulcano que sus ciclopes den unos martillazos en la bóveda de la fragua y, como los topes, levanten una montañita sobre el lugar donde te sangran. Cerrará la herida, las nubes se romperán en mil pedazos y lucirás siempre la hermosa capa azul con vueltas de terciopelo verde. ¡Nadie verá nunca más tu camiseta!

Toledo y Cáceres, que se habían colado sin invitación, aun a trueque de ser echadas a empujones por tan ilustre concurrencia, no pudieron aguantarse y gritaron:

¡Viva Neptuno!